LA CIENCIA POLÍTICA EN EL FIN DE SIGLO

Aportes para (re)iniciar una discusión

Luis Tonelli
Luis Aznar

Revista Sociedad Nº 3

Director: Juan Carlos Portantiero

Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires

Este material es de uso exclusivamente didáctico

ÍNDICE

Presentación 3

Artículos

La universidad argentina en transición: ¿del Estado al mercado?
Pedro Krotsch 5

Investigación social y decisiones políticas
José Joaquín Brunner 31

La universidad argentina, investigación y creación de conocimientos
Enrique Oteiza 45

Notas sobre las relaciones entre el Estado y la universidad
Mónica Abramzon-Carlos Borsotti 77

El rol de la universidad: distintos enfoques y sus implicancias, especialmente referidas al financiamiento universitario
Juan Carlos Hidalgo 99

La ciencia política en el fin de siglo. Aportes para (re)iniciar una discusión
Luis Tonelli-Luis Aznar 119

Notas de investigación

Algunos problemas teórico-metodológicos en una investigación sobre luchas obreras
Inés Izaguirre 139

Seguridad y defensa en la Argentina. Nuevo contexto internacional y cambio en la política interna a partir de 1989
Rut Clara Diamint 148

Textos

El "problema de Durkheim" (en la formación de la sociología argentina)
Carlos Barbé 157

Reseñas 181

Revistas 213

Informaciones 217

LA CIENCIA POLÍTICA EN EL FIN DE SIGLO. APORTES PARA (RE)INICIAR UNA DISCUSIÓN

Luis Tonelli[*] y *Luis Aznar*[*]

En los albores de una época de grandes transformaciones, Alexis de Tocqueville afirmaba "Un mundo nuevo necesita de una nueva ciencia política". Es posible trazar algunos paralelos entre ese histórico momento captado en *La democracia en América* y las importantes mutaciones de las últimas décadas que afectan todos los aspectos de la vida social, muy especialmente su dimensión política.

Los marcos teóricos establecidos de la disciplina han acumulado anomalías que se manifiestan con todo dramatismo en su incapacidad para dar cuenta de los actuales cambios. Ya no se trata de problemas que los politólogos puedan seguir ignorando sin afectar su sistema de verdades –y que en algunos casos sólo podían sostener excluyéndolos– sino que constituyen un serio desafío a la continuidad de la ciencia política, tal como se ha conformado en las últimas décadas.

La disyuntiva que enfrenta hoy nuestra disciplina parece ser la siguiente: o, a partir de esta crisis, genera perspectivas innovadoras que permitan aumentar nuestra capacidad para dar cuenta de las transformaciones políticas y de sus consecuencias para los diversos actores sociales y, de esta manera, presta una "real contribución a la libertad y a la justicia, tanto para mujeres y hombres",[1] o, impotente frente a ella, intensifica la tendencia actual de realizar microaplicaciones a microeventos, para terminar sus días entre la sofisticación y la futilidad.

Teniendo en cuenta que es de nuestro interés profundizar las causas y los posibles desenlaces de esta crítica situación, consideraremos, en la primera parte de nuestro trabajo, las ventajas y desventajas que trajo aparejadas la consolidación de la disciplina a manos del movimiento conductista. En la segunda parte evaluaremos la etapa que comienza en los 70, signada por la proliferación de paradigmas y enfoques. Por último, ensayaremos una muy preliminar topografía del terreno que se abre frente a la crisis, sus caminos y probables destinos.

El conductismo: la ciencia como política

El descubrimiento de la política en sentido moderno (Maquiavelo y Hobbes mediante) no derivó directamente en la constitución de una disciplina autónoma.

Bien entrado el siglo XX, autores como Max Weber, Emile Durkheim e incluso Talcott Parsons todavía entendían a las ciencias sociales como una unidad y a la política como uno más entre sus objetos de estudio, o sea en los mismos términos en que lo habían hecho Condorcet, Turgot, Montesquieu, Comte, Marx, Adam Smith o J. S. Mill.

Si consideramos la cuestión desde el punto de vista kuhniano, la ciencia política en su definición estricta, es decir como actividad científica normal dentro de un paradigma teórico establecido, aparece tardíamente, en la década del 50, a partir de la llamada "revolución conductista". Este movimiento intelectual, que tuvo como epicentro los departamentos de ciencias sociales de importantes universidades norteamericanas (como Chicago y Stanford) en sus orígenes exhibió una marcada inclinación interdisciplinaria. Su efecto más importante fue, en este sentido, paradójico, ya que produjo una comunidad científica especializada en el estudio académico de la política, que fue diferenciándose del resto de las ciencias sociales.

Hasta el momento conductista la proto-ciencia política había sido una laxa conjunción de áreas de investigación sobre diferentes temas políticos. Se daba una convivencia pacífica entre los especialistas que ahogaban por una disciplina vaciada en los moldes de las ciencias naturales y los historiadores de la política, los juristas y los teóricos políticos.

Esta armonía se apoyaba en el parroquial credo americano decimonónico que confiaba en un desarrollo conjunto e ininterrumpido del saber científico y de las ideas provenientes del pensamiento político y económico liberal. La llegada de la filosofía política pesimista introducida en los EU por los exiliados del nazismo –Herbert Marcuse, Max Horkheimer, Theodor Adorno, Arnold Brecht, Franz Neumann, Otto Kirchheimer– contribuyó a poner al descubierto las bases ingenuas y acríticas de esta frágil cosmovisión. Pese a sus profundas diferencias, todos ellos coincidían en denunciar la decadencia de la teoría política

[*] Carrera de Ciencia Política, Facultad de Ciencias Sociales (UBA).

[1] C. Pateman, "A New Democratic Theory? Political Science, the Public and the Privatc". International Political Science Association, XV World Congress, Buenos Aires, julio, 1991.

occidental: así, el liberalismo fue considerado la antesala del fascismo o bien la máscara utilizada por fuerzas decididamente opresoras, y la ciencia, un instrumento privilegiado de la dominación moderna.

Los conductistas partieron del diagnóstico de los "filósofos especulativos" sobre la decadencia de la teoría política occidental, aunque discrepando absolutamente en la determinación de sus causas: para ellos era el idealismo de la teoría política lo que la había separado de los fenómenos políticos, cerrándola a los adelantos científicos en materia de investigación social. De este modo, el nuevo movimiento realizaba una acertada crítica de la ingenua postura juridicista imperante por confundir las proposiciones normativas con los fenómenos empíricos y convocaba a los especialistas a abocarse al análisis "científico" de la realidad política.

Pero al objetivo de convertir el estudio de la política en una disciplina científica en sentido estricto se le sumó el de proteger los valores del pluralismo democrático liberal, por lo que el movimiento conductista quizá deba entenderse también como una respuesta conservadora que intentó presentar el ideario político americano en una versión más defendible.

Estas metas fueron alcanzadas en cierta medida utilizando una estrategia pragmáticamente americana: para hacer del estudio de la política una práctica científica se puso énfasis en cuestiones propias de la filosofía de la ciencia, desplazando del foco de atención la discusión explícitamente teórico-política. De ahí en más todo estudio conductista sería precedido por una declaración de lealtad al "método científico". Pero lo sorprendente es que la filosofía de la ciencia adoptada tenía *in nuce* una teoría política democrática: los americanos finalmente habían descubierto a Popper.[2]

La "Persuasión conductista"[3] se presentó en sociedad como una actividad científica caracterizada por la búsqueda de regularidades, por el sometimiento de las proposiciones generales a la prueba empírica mediante técnicas científicas, midiendo y cuantificando en lo posible y conveniente, asumiendo que la evaluación ética y el análisis empírico son analíticamente diferentes y considerando que teoría e investigación son partes íntimamente ligadas en todo cuerpo de conocimiento coherente y ordenado.[4] En suma, como núcleo duro de su programa de investigación científica adoptaba el método de las ciencias[5] propuesto por Popper.

El cometido de la filosofía de la ciencia es reflexionar sobre la actividad científica, no la crea ni la rige y en lo fundamental tiene una intención tanto hermenéutica como deontológica. Con el conductismo la relación se invierte: el método positivista se transforma en único imperativo metodológico, en regla indiscutible de procedimientos técnicos. Como afirma John Gunnell, "lo que cambió fue la relación entre filosofía y ciencia política o entre retórica metateórica e investigación científica".[6]

La declaración de intención científica conductista funcionaría como un eficaz mecanismo legitimador de las actividades de los politólogos. El complejo de inferioridad con las ciencias duras estaba parcialmente resuelto. Sólo restaba avanzar en la investigación acumulando descubrimientos científicos para luego poder aplicarlos técnicamente sobre los problemas sociales.[7]

Asimismo, el conductismo adoptó los corolarios sobre las organizaciones sociales y políticas que Popper dedujo de sus posturas epistemológicas. Las propuestas políticas basadas en las recomendaciones de los científicos sociales no podían ser consideradas más verdaderas que lo que eran las propias hipótesis científicas mostrando templanza provisoria a la contrastación empírica. Los esencialismos políticos, las ideologías, llevaban invariablemente a las "sociedades cerradas", totalitarias. El argumento de Popper consideraba que la "sociedad buena" debía imitar a su modelo de comunidad científica: de esta manera, en una "democracia institucional"[8] los programas de gobierno y los candidatos elegidos (las "hipótesis") eran sometidos a la prueba empírica de la tarea de gobierno: si la comunidad creía que habían tenido éxito le otorgaba "validez provisoria" con su voto para un nuevo período en el poder; si en cambio eran contrastados

---

[2] La relación de Popper con los anglosajones no fue siempre fácil, entre otras causas, debido a su fuerte y específica formación "germana". Un indicador de lo que estamos señalando es la aclaración que tuvo que realizar respecto al título de su obra *La Miseria del historicismo* explicando que se trataba de una "respuesta" a *Miseria de la filosofía*, de Marx, haciendo explícito su temor a no ser entendido.

[3] Tal es el título del "ensayo-manifiesto" de Heinz Eulau *The Behavioral Persuasion in Politics*, Random House, 1963.

[4] Según la caracterización del conductismo hecha por Easton, D. en *Esquema para el análisis político*. Amorrortu. Buenos Aires, 1979.

[5] K. Popper, *La lógica de la investigación científica*. REI, Bs. As., 1985.

[6] J. Gunnell, Between philosophy and politics. The alienation of political theory, University of Massachusetts Press, 1986.

[7] Para un argumento en este sentido véase Sartori, G. *La política*. FCE, Madrid, 1974.

[8] K. Popper, *La sociedad abierta y sus enemigos*. Paidós, Buenos Aires, 1957.

por el fracaso en la experiencia gubernativa serían remplazados por una nueva "hipótesis de gobierno" votada por la comunidad.

En pocos años esta peculiar constitución del paradigma conductista alcanzaría un éxito espectacular, especialmente en su dimensión sociológica.[9] La Asociación Americana de Ciencia Política que contaba con cuatro mil miembros en 1946, en dos décadas pasaría a tener 14 mil. El número de facultades de ciencia política creció también en forma sorprendente, de unas pocas en 1950 había ya 500 en 1968.[10]

Sin embargo, la estrategia elegida no iba a librar al conductismo de ciertos problemas. Al no estar su núcleo teórico conformado explícitamente por elementos de teoría política, estimulaba una enorme heterogeneidad en cuanto a los enfoques y las técnicas utilizadas en la producción de conocimiento. Los valores pluralistas compartidos por la mayoría de sus integrantes seguían siendo, como en la protociencia política americana, el débil nexo que coordinaba y aglutinaba a la novel comunidad científica.

Por otra parte, el conductismo había producido, en su afán de cobrar identidad, la alienación de la teoría política clásica respecto de la actividad de la ciencia política. Toda la tradición de la teoría política occidental pasaba a formar parte de la (muy marginal) sub-disciplina "Historia de las ideas".

Filósofos políticos como Leo Strauss y Eric Voegelin respondieron tempranamente este ataque conductista, defendiendo la teoría política en sus formas tradicionales. Para Strauss la exégesis histórica de los textos clásicos no era un ejercicio de "anticuario" o un intento meramente erudito para preservar la "gran tradición", sino una demanda práctica: buscar el sentido del presente en el pasado, dada la crisis de Occidente.[11] Voegelin afirmaba que se trataba de una forma de "análisis terapéutico", donde la civilización hacía "catarsis" a través de la memoria.[12]

Sin embargo, la crítica más directa y persuasiva contra el conductismo surgió no de los filósofos emigrados sino de Sheldon Wolin, quien en 1960 publica su importante obra *Política y perspectiva*.[13] En ella sostiene la íntima relación entre teoría política y actividad política, en términos de una "tradición del discurso" común que quedaba interrumpida por la nueva manera de concebir la política del conductismo: como un "objeto" a ser analizado y explicado en términos científicos, que esteriliza la dimensión política de la teoría. Pero esta contraofensiva de los teóricos políticos resultó relativamente endeble frente a la potencia institucional del conductismo. Peter Laslett llegó a afirmar: "en esta época, irremediablemente, la filosofía política ha muerto".[14]

El conductismo produciría una segunda alienación: la separación entre la teoría política empírica y la masa de datos que paulatinamente se iba acumulando gracias al poderoso impulso de los trabajos de investigación comparados. Esta brecha afectaba directamente al núcleo teórico conductista ya que el oximoron "teoría empírica" resultaba la clave de todo el programa: construir teoría para después contrastarla empíricamente. Asombrosamente esta contradicción aparecía en los mismos manifiestos del movimiento: los "llamados a las armas" conductistas presentaron teorías globales del sistema político siendo los de Easton[15] y Almond[16] los intentos teóricos más importantes y ambiciosos. Sin embargo, no era posible siquiera intentar contrastar estas teorías ya que su grado de abstracción y generalidad impedía someterlas a la prueba empírica.

La contracara de la elaboración de la teoría global del sistema político fue la continuidad y el potenciamiento del hiperfactualismo que se había tratado de evitar. Pese a la convocatoria de Sartori[17] para

---

[9] Masterman considera que Kuhn en *La estructura de las revoluciones científicas* se refiere con el concepto de paradigma a tres cuestiones diferentes: las creencias compartidas por los científicos (paradigma "metafísico"), los conceptos para dar cuenta del objeto de estudio (paradigma "artefacto") y la comunidad de científicos que comparten el paradigma (paradigma "sociológico"). Véanse Masterman, M., "La naturaleza de los paradigmas" en Lakatos, I. y Musgrave, A., *Criticism and the growth of knowledge*, Cambridge University Press, 1970.

[10] A. Somit, y J. Tanenhaus, *El desarrollo de la ciencia política estadounidense*. Editorial Guernica, México, 1988, cap. 11.

[11] L. Strauss, "The crisis of our time. The crisis of political philosophy" en Spaeth, H. (ed.) *The predicament of modern politics*, 1964, Detroit University Press.

[12] E. Voegelin, *Science, politics and gnosticism*. Chicago, 1968.

[13] Sh. Wolin, *Política y perspectiva*. Amorrortu, Buenos Aires, 1974, cap. 1. Véase también sus artículos en donde entabla una polémica directa con el conductismo: "Paradigms and political theories" en King, P. (ed.) *Politics and experience*, 1968, Cambridge University Press y "Political theory as vocation" en *American Political Science Review*, 63:1062-82.

[14] P. Laslett, (ed.), *Philosophy, politics and society*, Blackwell, 1956, (Introducción).

[15] D. Easton, *The political system*, Nueva York, 1953 y *Esquema para el Análisis Político* (*op. cit.*).

[16] G. Almond y B. Powell, *Política comparada*, Paidós, Buenos Aires, 1968.

[17] G. Sartori, "Guidelines for concept analysis" en ídem *Social science concepts*, Sage, 1984. Véase también del mismo autor *La Política* (*op. cit.*).

construir "conceptos viajeros" capaces de ser contrastados por experiencias comparadas, el puente entre la teoría y los datos no resultaba fácil de establecer. De esta manera, la política comparada (la subdisciplina central en el nuevo paradigma) se fue transformando en un coro a dos voces disonantes: por un lado, teoría sin datos y, por el otro, datos sin teoría. Si bien la actividad de búsqueda de datos se incrementó mediante la realización de investigaciones empíricas sobre fenómenos de los sistemas políticos más diversos, estos datos no acrecentaron la capacidad teórica para estudiarlos. El llamado a una ciencia política "empírica" caía en saco roto al cometer los profetas el pecado que tanto habían condenado.

La mayoría de los conductistas no discutieron la presencia de elementos valorativos en la gestación de las hipótesis científicas (el contexto de descubrimiento) ya que consideraron que luego podían ser controlados por la contrastación empírica. Pero al resultar la teoría política empírica infalsable la adopción "difusa" de los valores pluralistas emergió netamente en la producción teórica del conductismo: la ciencia política americana quedaba impregnada de un espíritu sumamente localista. Como dice un observador inglés refiriéndose al conductismo "el momento político en la experiencia no ha sido capturado ni definido. Lo que es política ya sea una acción, una relación o una pregunta es asumido como determinado por una conexión contingente con lo que nosotros llamamos política en cierto tipo de sociedad liberal".[18]

Ciertos problemas, juzgados nefastos por toda la tradición de la teoría política occidental, fueron considerados por el conductismo "funcionales" para la estabilidad de las democracias liberales: la apatía política evitaba la sobrecarga del sistema, la falta de información ciudadana era producto de un cálculo egoísta propio de individuos racionales que evaluaban correctamente su peso en la toma de decisiones políticas y dedicaban a la política el tiempo que merecía, la tecnocracia conseguía a través de la planificación la eficacia sistémica, la desigualdad y las elites eran productos de la división del trabajo en una sociedad sumamente compleja.

Además, el nuevo paradigma produjo una visión "inputista" de la política ya que si bien reconocía la especificidad del sistema político,[19] no consideraba su grado de "autonomía relativa", al suponer que los procesos políticos tenían su origen en las demandas provenientes del ambiente societal y extrasocietal.

Todos estos problemas no fueron obstáculo, sin embargo, para que el conductismo se constituyera en la década del 60 en un fenómeno exportable. Su éxito en términos de crecimiento de la disciplina produjo un poderoso efecto de demostración (ayudado con una política de becas y subsidios) inclusive en países con una larga tradición propia en el estudio de la política.

La balcanización de la ciencia política

En 1961 en su "Epitafio para un Monumento a una Protesta Exitosa",[20] Robert Dahl expresaba el optimismo, reinante con respecto a la consolidación de la perspectiva conductista. Los jóvenes turcos de la década del 50 se transformaban en los mandarines de la ciencia política de los 60.

Sin embargo, ya aparecían ciertas tendencias disruptivas que se fueron fortaleciendo en las décadas del 70 y del 80, cuando surge la discordia entre los mismos fundadores del conductismo y se debilita su corriente principal. Las visiones marxistas y dirigenciales[21] se constituyen también como paradigmas de la ciencia política[22] y la filosofía política exhibe una fuerte revitalización, especialmente a partir de la publicación de la *Teoría de la Justicia*, de Rawls, en 1974.

Las causas de la aparición de estos movimientos de ruptura y diferenciación son las siguientes: el conductismo había crecido en el contexto de un amplio consenso social sobre la matriz liberal llegando hasta a deducir del amargo postulado de la teoría "elitista" europea de la década del 20, la "democracia total es una utopía irrealizable",[23] la optimista afirmación "nuestra democracia es la única posible".

---

[18] N. Johnson, *The limits of political science*, Clarendon Press, Oxford, 1989.

[19] Easton define al sistema político como el conjunto de comportamientos que intervienen en el proceso de asignación de valores con autoridad. Véase Easton, D., *Esquema para el...* (*op. cit.*).

[20] R. Dahl, "The behavioural approach in political science: epitaph for a monument to a successful protest" en *American political science review*, 1961, 55; 763-72.

[21] Para una clasificación de las tendencias contemporáneas de la ciencia política véase Alford, R. y R. Friedland, *Los poderes de la teoría*, Editorial Manantial, Buenos Aires, 1991.

[22] En un interesante artículo de 1966 publicado en la *Revista Latinoamericana de Sociología* (vol. II, marzo, 1966, Nº 1), José Nun ya utiliza el concepto de paradigma para dar cuenta de la "polifonía" de la ciencia política (si bien en términos de paradigma "metafísico").

[23] Para una introducción al pensamiento de los autores de esta escuela (Mosca, Pareto y Michels) véase Pissorno, A., "Sistema social y clase política" en AA.VV. Historia de las ideas políticas, económicas y sociales. S. XX, primera parte, Folios Ediciones, México, 1984.

Si, como dice Wolin, el paradigma conductista más que tener una teoría política manifiesta "expresaba los valores de la comunidad en el que estaba inmerso",[24] la erosión de esos valores agrietó también su hegemonía. "La era de la desilusión", como la califica Ricci, que se abate sobre los EU durante los años 70 traería aparejada la emergencia de fenómenos tales como "el movimiento de los derechos civiles, la guerra de Vietnam, huelgas y movilizaciones urbanas, asesinatos políticos, la rebelión estudiantil, el ascenso de la Nueva Izquierda, la cultura de la droga, la revuelta feminista, los movimientos ecologistas, las demostraciones antibélicas, el *affaire Watergate*, el embargo petrolero, el desempleo acompañado de alta inflación, dando todos estos eventos señales pesimistas para la matriz liberal".[25]

La segunda fuente de problemas provino de la filosofía de la ciencia en general (Kuhn, Lakatos, Feyerabend) y la filosofía de las ciencias sociales en particular (Winch, Schutz, Gadamer, Taylor). Aunque su impacto fue relativo, ya que la mayoría de los politólogos o bien ignoraron estos hallazgos o bien los malentendieron, el pospositivismo funcionó como fermento para el renacimiento de la filosofía política.

La última causa se encuentra en el éxito obtenido por el conductismo en vertebrar una comunidad científica; las demás visiones teórico-ideológicas imitaron este fenómeno organizativo. Así, las perspectivas dirigenciales, marxistas y utilitaristas entraron en el circuito de la ciencia política académica como paradigmas alternativos, publicando sus propias revistas científicas, haciéndose fuertes en varios departamentos universitarios de ciencia política, realizando sus propios seminarios, convenciones y congresos. En pocas palabras utilizaron también todas las potencialidades brindadas por la "industria cultural".

En 1967 cientos de politólogos norteamericanos fundaron dentro de la American Political Science Association el Caucus for a New Political Science. Este comité impulsó la constitución de mesas de debate en la Convención anual de la APSA de temas críticos como la guerra de Vietnam, las relaciones raciales, los derechos de la mujer, el medio ambiente. En 1969 David Easton desde su Presidential Address a la APSA[26] sintetizaba bien las preocupaciones del Caucus, aunque defendiendo los logros del Conductismo. Atravesando una época de crisis el criterio que se imponía era la relevancia política de los temas y la acción sobre la realidad, antes que el rigor científico. Easton confiaba que así como el conductismo había encolumnado a los politólogos durante dos décadas, el posconductismo, tal como bautizó al nuevo movimiento, tendría el mismo efecto aglutinante sobre la comunidad de politólogos americana. El *wishfull thinking* de Easton no se concretó jamás: si bien la ciencia política americana seguirá profesando mayoritariamente los valores iniciales del conductismo en lo que hoy constituye su corriente pluralista liberal, el movimiento de reforma iniciado por el Caucus formaría un ala a su izquierda, el pluralismo radical o neopluralismo. También surge una tendencia más a la derecha del pluralismo liberal, el pluralismo conservador que coloca su acento en la necesidad de limitaciones institucionales a la tiranía de las mayorías. De todas maneras las tres líneas de la perspectiva pluralista compartirán su énfasis en la dimensión del régimen político, el análisis a partir del comportamiento efectivo de los grupos y la consideración de la influencia de los procesos de socialización en la formación de la cultura política.

Asimismo, se consolidan nuevos paradigmas que señalan el fin de la hegemonía que había disfrutado el conductismo. La perspectiva dirigencial adquirirá, durante las décadas siguientes, una importante participación en la producción de la disciplina, aunque sin igualar la importancia relativa del pluralismo. La concepción dirigencial parte del supuesto de una sociedad con el poder concentrado en grandes organizaciones burocráticas comandadas por elites. Esta perspectiva privilegia en sus análisis al Estado y por ende a la lucha por el poder entre las elites estatales y la de otras organizaciones sociales (empresas, sindicatos, etc.). A fines de los 70 se producirá un gran fermento teórico dirigencial con los trabajos de Andrew Schoenfield, Philippe Schmitter, Aron Wildavsky, Theda Sckopol, Stephen Krasner, Charles Tilly y Pierre Birnbaum.[27]

También la tradición marxista durante los años 70 exhibía un crecimiento exponencial de sus trabajos sobre la política, a la vez que "atravesaba una fase de hegemonía cultural en los países de Europa y de América latina y había comenzado un notable auge en los medios académicos anglosajones".[28] Pero sus "determinaciones teóricas sobre el Estado, no sólo diversas sino incompatibles entre sí"[29] lo convertía en un

[24] Sh. Wolin, "Political theory as vocation" en *American Political Science Review* (63:1063).
[25] D. Ricci, *The tragedy of political science*, Princeton University Press, Nueva York, 1987.
[26] D. Easton, "The new revolution in political science", en *American Political Science Review*, vol.61, 1968.
[27] Para una bibliografía detallada véase el número dedicado a la cuestión del Estado de la *Comparative political studies*, April, 1988.
[28] L. Paramio, "El materialismo histórico como programa de investigación" en *Sociedad*, Nº 1. Buenos Aires, 1993.
[29] E. Laclau, "Teorías marxistas del Estado" en Lechner, N. (ed.), *Estado y política en América latina*, Siglo XXI, México, p. 25.

paradigma débil y poco estructurado. Sin embargo y más allá de los enfoques primitivamente "economicistas", la teoría marxista del Estado presenta a partir de la década del 70 un creciente interés en la dimensión política del sistema capitalista en variantes como el instrumentalismo de Miliband, el "estructuralismo" de Althuser y Poulantzas, la teoría del "capitalismo monopolista de Estado" y la "escuela lógica del capital". La crisis del Estado de bienestar alentó la producción de diversas interpretaciones neo-marxistas, siendo la "teoría de la crisis de legitimación" propuesta por figuras como James O'Connor, Jürgen Habermas y Klaus Offe, quizá la más popular de todas. Recientemente se ha desarrollado una promisoria variante de la perspectiva marxista: el "marxismo analítico" de G. Cohen, J. Roemer, J. Elster y A. Przerworski, quienes combinan una exposición en términos axiomáticos de la teoría marxista con la teoría de la elección racional.

Sin embargo, la crisis del Estado de bienestar traerá también aparejado el retroceso de las visiones colectivistas y el avance de la perspectiva utilitarista. Las obras de Arrow, Downs, Riker y la de Olson en particular, habían tenido un impacto muy fuerte sobre la ciencia política americana, básicamente en la adopción de enfoques metodológicos individualistas y del supuesto de considerar al actor un *homo economicus*[30] (*rational choice*, teoría de los juegos). Pero a partir de los 70 comienza a expandirse una perspectiva hasta ese momento marginal (y considerada más una subdisciplina de la economía que de la ciencia política): la propuesta por la escuela de *public-choice* de Virginia fundada por J. Buchanan y G. Tullock. En ella se entiende a ciertas áreas de la política como sistemas de intercambios y negociaciones. El enfoque parte de fuertes presupuestos normativos que consideran al mercado económico un eficaz asignador de recursos, de los cuales se deduce que el Estado debe cumplir sólo mínimas funciones.[31]

El carácter poliparadigmático que asume la ciencia política en la década del 70 marca para algunos su ingreso en la decadencia luego de la época de oro conductista. En un reciente artículo titulado "Mesas Separadas",[32] Gabriel Almond señala que la crisis actual de la disciplina se debe tanto a la ausencia de un paradigma teórico-ideológico único e incontrovertido como a las profundas discrepancias que se dan en el plano metodológico: los que están a favor de posiciones metodológicas "duras" y los partidarios de metodologías más "blandas".

Al considerar que los politólogos se distribuyen, en lo que hace a sus posiciones teórico-ideológicas, en un continuo izquierda-derecha, Almond no da cuenta del complejo espacio multidimensional en donde se despliegan las diferentes perspectivas de la ciencia política (pluralista, dirigencial, marxista y utilitarista sin por cierto desconocer otras perspectivas y las diversas subescuelas).

En términos metodológicos (o sea, lo que Kuhn entiende por el nivel de los "modelos ejemplares" y Masterman el de los "paradigmas artefacto") las diferencias que exhiben las diversas corrientes de la ciencia política contemporánea también son mucho más ricas en matices: los politólogos utilizan diferentes enfoques analíticos: sistémico, institucional, comprensivo, rational choice, etc., pero también diversas metodologías de validación de enunciados: métodos estadístico, comparativo, histórico, etc.

Asimismo, y especialmente en la ciencia política estadounidense, los politólogos se encuentran fuertemente divididos según su especialización en diferentes áreas geográficas (*American Politics, Latin-American Politics*,[33] etc.).

Los deseos imaginarios de Almond se orientan hacia la quimera de una ciencia social practicada según el modelo de las ciencias duras (o, algo aun peor, lo que los positivistas ingenuos creen que son las ciencias duras). En su visión, el avance de la disciplina pasaría fundamentalmente por aquellos politólogos que se dedican a contrastar sus teorías con la realidad empírica, los que según Almond están en la "Cafetería del Centro" y no desean ni que la ciencia política se transforme en una ciencia socialista ni que sólo esté conformada por enunciados deducibles de axiomas formalizados matemáticamente.

Si bien coincidimos con Almond en que la ciencia política no debe pertenecer a ningún bando ideológico, la reivindicación que hace del politólogo promedio es alarmante. Es ciertamente la pobreza teórica de la producción de la "Cafetería del Centro" lo que ha llevado a Sartori a decir "De lo que sí estoy

---

[30] Para la distinción entre *homo sociologicus* y *homo economicus* véase Barry, B. *Los economistas, los sociólogos y la democracia*, Amorrortu, Buenos Aires, 1974.

[31] Véase Buchanan, J. "La perspectiva de la elección pública" en ídem, *Ensayos sobre Economía Política*, Alianza, México, 1990.

[32] G. Almond, "Separated Tables" en *Political Science and Politics*, otoño, 1988.

[33] Para el peso relativo de los estudios sobre Latinoamérica en las revistas de ciencia política estadounidenses véase el artículo de Martz, J., "Political science and Latín America studies: patterns and asymmetries of research and publications" en *Latin America Research Review*, vol. XXV, Nº 1, 1990. Por ejemplo, para el período 1980-87, la *American Political Science Review* dedicó, de un total de 367 artículos, uno solo a América latina.

convencido es que la parte más grande de la ciencia política (la que veo y vivo en los Estados Unidos) no va, en los últimos diez a quince años, mejor sino peor".[34]

La posición de Almond es instructiva respecto de la nula asimilación de la ciencia política, especialmente de su rama pluralista, del profundo cambio en la consideración de las ciencias naturales que causó el surgimiento de la epistemología pospositivista. Tanto la ciencias sociales como las ciencias naturales (pese a lo sostenido por los positivistas ingenuos) descansan sobre consideraciones extra-científicas. Los datos empíricos están inspirados teóricamente, la ciencia normal rechaza las evidencias en contra de los supuestos fundamentales del paradigma (y promociona los que lo confirman), los paradigmas son infalsables y el abandono de un paradigma sólo se da si aparece otro potencialmente más productivo que el vigente.[35]

Por otra parte, más allá de las características comunes es indudable que existen notables diferencias entre estos dos tipos de ciencia, Como dice Giddens, quienes en las ciencias sociales "todavía se aferran a la esperanza de la llegada de un Newton no solamente aguardan un tren que no arribará, sino que se equivocaron totalmente de estación".[36]

Como sostiene Alexander,[37] en las ciencias naturales tiende a darse un consenso mayor que coloca las consideraciones apriorísticas en un cono de sombra, centrando así su atención en las dimensiones empíricas. De esta manera se imponen "modelos ejemplares" en la resolución de los enigmas "empíricos" planteados por el mismo paradigma. En las ciencias sociales, en cambio, se construyen significados en el plano científico de los significados previamente construidos por el sentido común de la gente (lo que Giddens llama una "doble hermenéutica")[38] por lo que el consenso entre los miembros de la comunidad científica es más difícil de alcanzar. Asimismo, las diferencias entre los practicantes de las ciencias sociales se acentúan ya que éstas no pueden evitar exhibir un fuerte componente valorativo acerca de la organización social deseable que legitima o deslegitima directamente las estructuras sociales.

Para Alexander, los problemas que dificultan el consenso en las ciencias sociales se resuelven, aunque sin alcanzar el grado de unanimidad que se logra en las ciencias naturales, recurriendo a los clásicos (además de a los "modelos ejemplares"). La figura de los clásicos, que son así considerados por sus contribuciones singulares y permanentes a la disciplina, permite la constitución de escuelas paradigmáticas ya que estandariza y estereotipa las múltiples posiciones respecto a un tema y permite la discusión teórica a través de conceptos conocidos por todos. Además facilita compromisos valorativos sin que sea necesario explicar "los criterios de adhesión" y, asimismo, legitimiza la pluralidad de perspectivas y la ausencia de un discurso general.

Más que un síntoma de descomposición, es la existencia de varios paradigmas en las ciencias sociales la que permite el trabajo científico "normal" dentro de ellos y, como dice Geertz, "su progreso se caracteriza menos por un perfeccionamiento del consenso que por el refinamiento del debate".[39]

¿Una nueva ciencia política?

Pero la crisis de la ciencia política no es un fenómeno de sugestión colectiva. Parafraseando lo que Ferraroti ha dicho para la sociología: "No alcanza sólo a la teoría de tal o cual autor. No es una sencilla *querelle* interna de la disciplina que contrapone una escuela con otra... La crisis es real. Está en los textos como en las cosas".[40]

Es cierto que nuestra disciplina ha fallado en la aplicabilidad técnica de sus hallazgos y ha tenido sólo un limitado impacto sobre el discurso político mismo, configurándose fundamentalmente en una actividad de consumo interno y autorreferencial. Pero en una etapa histórica de los sistemas políticos occidentales caracterizada por la "normalidad" institucional, sus explicaciones resultaban plausibles.

---

[34] G. Sartori, "Dove va la scienza politica" en AA.VV., *La scienza politica en Italia, bilancio e prospettive*, Franco Angeli, Milano, 1990.

[35] Para un excelente debate véase Lakatos, I. y Musgrave, A., *Criticism and the growth of knowledge*, Cambridge University Press, 1970.

[36] A. Giddens, *Las nuevas reglas del método sociológico*, Amorrortu, 1987, p. 16.

[37] J. Alexander, "La centralidad de los clásicos" en Giddens, A. y Turner, J., *La teoría social hoy*, Alianza, México, 1988.

[38] A. Giddens, *ídem*, p. 18.

[39] C. Geertz, *La interpretación de las culturas*, Gedisa, 1987, p.39.

[40] F. Ferrarotti, *El pensamiento sociológico de Auguste Comte a Max Horkheimer*, Península, Madrid, 1974, p.29.

Esa época ha terminado: si la crisis de los 70 anunciaba los límites del optimismo, las transformaciones que comienzan a fines de los 80 han sumido a la disciplina en la perplejidad.[41] La desintegración del bloque soviético produjo una extendida sensación de turbación entre los politólogos que ni siquiera sospecharon el fenómeno más importante de la última mitad del siglo, pero lo que parecía la globalización de la dupla capitalismo-democracia liberal despertó cierta tranquilidad.

El torbellino de transformaciones, sin embargo, ha comenzado a golpear tanto los "consolidados" sistemas políticos occidentales como las "nuevas" democracias latinoamericanas, poniendo en crisis sus instituciones políticas, cambiando las modalidades del comportamiento político, originando nuevos actores y nuevos sistemas macropolíticos.[42]

Quizá la característica común a todos estos cambios es que aparentan darse en los términos de una "revolución de mano invisible". No son guiados por ideología alguna, no existe detrás de ellos ni proyecto ni utopía, ni razón ni carisma. Han sucedido, están sucediendo y frente a estas enormes transformaciones nuestra disciplina no parece tener mucho que decir ni, menos, que proponer.

Sólo el paradigma utilitarista reclama un poder explicativo (e incluso prescriptivo) superior frente a los nuevos fenómenos. La extendida adopción de medidas de economía de mercado a partir de la crisis de los Estados de bienestar occidentales y de las economías soviéticas convalidan para los utilitaristas los supuestos de las teorías neo-clásicas, que sostienen la perfección del mecanismo de mercado en la asignación eficaz de bienes. Esta venganza del utilitarismo, que durmió el "sueño de los justos" durante más de 50 años de hegemonía de los paradigmas colectivistas, también se sustenta en su capacidad explicativa de otros fenómenos de la actual crisis política: apatía, individualismo, disolución de las formas tradicionales de la acción colectiva, despolitización.

Pero el reconocimiento político de la necesidad de instaurar mecanismos de mercado donde antes "decidía" el Estado no se debe a la demostración erudita de los teoremas de la economía neoclásica ni mucho menos a un convencimiento ideológico generalizado. Las políticas de mercado son adoptadas "pragmáticamente" por los actores políticos como la única alternativa que consideran factible en un marco de frustración, impotencia y desesperación.[43] El "triunfo del mercado" debe leerse entonces como una toma de conciencia de las limitaciones del conocimiento y del poder humano que, por lo tanto, no debe llevar a otorgar crédito a ningún tipo de cientificismo.

Es frente a las complejidades del mundo contemporáneo donde el mercado aparece como mecanismo insoslayable para alcanzar cierta eficacia en términos sistémicos. Pero ni los mismos utilitaristas, con la excepción de los anarco-liberales, creen que éste, por sí solo, pueda responder a todos los desafíos que impone la vida social.[44]

La solución neo-utilitarista recurre a la pareja mercado-Estado definiendo sus respectivos dominios a partir de la típica distinción liberal de lo público y lo privado, en términos similares a como lo había hecho a principios del siglo XIX Jeremy Bentham y James Mill. En su particular visión, lo privado es el reino de los intereses particulares, mientras lo público es el dominio de aquellos intereses que los individuos tienen en común. Tratándose de sociedades tan complejas y diversificadas, los intereses compartidos son muy pocos, destacándose principalmente uno: la protección contra los violentos. El libre mercado de la violencia termina con la posibilidad de que se conformen los otros mercados sociales, de allí que exista un único monopolio legítimo, el de la coerción, que se le otorga al Estado.

Ante esta dogmática restricción neo-utilitarista de la acción estatal, los paradigmas alternativos no representan un serio desafío para sus posiciones. Para el pluralismo, la activación de los actores políticos no estatales (asociaciones ciudadanas, partidos políticos, sindicatos) configuran con sus demandas las respuestas gubernamentales, definidas entonces como políticas públicas. Ante la sobrecarga del sistema político, se impone la limitación de las demandas sobre el Estado, lo que también implica la reducción de la esfera

---

[41] Zbigniew Brzezinski califica la situación como fuera de control en su último libro *Out of Control*, Prentice Hall, Nueva York, 1993.

[42] Véase Manin, B., "Metamorphoses de la representation" CNRS, París, y Universidad de Chicago. Ponencia presentada en el Seminario conjunto L'Ecole Pratique de Hautes Etudes en Sciences Sociales y la Comisión de Trabajo sobre Teoría del Estado y de la política. Santiago, Chile, octubre, 1988. Por aparecer en Dos Santos, M. (comp.) *¿Qué queda de la representación política?*, Nueva Sociedad, Caracas.

[43] Véase Przerworski, A., *Democracy and the market*, Cambridge University Press, 1991.

[44] Véase la justificación del Estado mínimo en Nozick, R., *Anarquía, estado y utopía*, FCE, México, 1991. Para una profunda crítica reciente de las teorías del mercado véase Lane, R., *The market experience*, Cambridge University Press, 1991.

pública tanto en lo que hace al poder de los actores políticos no-gubernativos (lo que Ralph Dahrendorf ha llamado "la sociedad civil"), como en la dimensión de las políticas públicas.[45]

Tanto para cierto marxismo reduccionista como para algunos exponentes del paradigma dirigencial, la división entre lo público y lo privado es ideológica y se produce para enmascarar el dominio de la clase capitalista o para legitimar el monopolio de la coerción física por parte de una organización sobre un territorio dado. Aquí, las "sutilezas" son dejadas de lado y en la noche del capitalismo todas las ovejas son negras: o se profesa un utopismo impotente o se cae en un cinismo masoquista.

Sin embargo, la pareja público-privado no puede ser entendida simplemente como un artilugio para legitimar el dominio de la "clase dominante" aunque tampoco se encuentra en la naturaleza de las cosas, como sostienen los que pretenden dar una definición objetivista.

Las esferas de lo público y de lo privado están fijadas por convenciones sociales y su validez y balance se dan históricamente. La construcción de estas convenciones es una tarea política, ya que se dirime en términos del poder que tienen ciertos actores para imponerlas, pero también es una tarea práctica, donde los actores mismos alcanzan la autocomprensión de la sociedad en- la que viven.[46]

La distinción entre lo público y lo privado es todavía importante no sólo porque a partir de ella se puede pensar en la convivencia entre un mercado que aporta eficacia social y en un Estado que evita la guerra de todos contra todos, sino porque también esta separación se encuentra en la base de la protección de los derechos individuales y en los fundamentos de una comunidad que pacíficamente integra a los individuos a pesar de sus notables diferencias.[47]

Ciertamente esto no ha impedido que las vanguardias gobernantes iluminadas hayan "dictado" el imperio del *laissez faire, laissez passer* autoritariamente, en lo que Paul Samuelson llamó "fascismo de mercado". Ahora bien, ¿quién puede asegurar en la actualidad, dada la extensión del credo democrático, la estabilidad de regímenes que implanten este tipo de soluciones? Si las necesidades de eficacia social afectan las aspiraciones de miles de individuos, ¿qué enorme proceso de socialización puede hacerles aceptar su infortunio?

La legitimidad democrática aparece hoy sin competidoras de importancia (aunque concedemos que su triunfo no se debe tanto a sus bondades morales sino al fracaso de los otros regímenes en gobernar a las sociedades contemporáneas). "Para el *Zeitgeist*, el espíritu de nuestro tiempo, la democracia se encuentra sin enemigo, no está desafiada por una legitimidad alternativa".[48]

De esta manera, si la cuota socialmente necesaria de darwinismo social parece ineludible para lograr cierta eficacia sistémica, también lo es que la definición y el *mix* de lo público y lo privado se estipule y controle "democráticamente". Pero ¿qué significa esto? Es aquí donde las deficiencias heredadas por la manera en que el saber sobre la política se ha constituido impactan de manera más negativa.

El balance sobre el estado de las teorías de la democracia nos deja un resultado bastante desalentador; como dice John Dunn "tenemos dos distintas y bien desarrolladas teorías de la democracia en el mundo actual: unas, ideológicamente sombrías (las "empíricas") y las otras, ruidosamente utopistas (las "participativas").[49]

Sin querer proponer una teoría alternativa de la democracia, y sólo a fines de nuestra argumentación, entendemos que una democracia es aquel régimen donde la acción estatal se identifica con lo público, porque su dominio y contenido se define por la acción política, en igualdad de condiciones, de todos los que se sienten involucrados. Por lo tanto, las decisiones estatales tendientes a satisfacer sólo intereses privados (o sea, realizadas de manera no pública y no justificadas públicamente), no son de naturaleza democrática.

El proyecto democrático se expresa, en su límite más alto, por el ideal de la participación de todos en la definición y contenido de la acción estatal, pero las modalidades en que éste se plasma históricamente y en sus procedimientos es una cuestión de la acción política de los actores involucrados. Así, es completamente válido en un estadio histórico determinado, que los actores políticos consideren que el mejor modo en que

---

[45] Véanse las teorías de la ingobernabilidad y de la sobrecarga del sistema, especialmente Huntington, S., Crozier, M. y Watanake, J., *The crisis of democracy*, New York University Press, 1975.

[46] Es en la producción social de estos significados donde la teoría política interviene, pero su impacto y relevancia es una cuestión que se dirime en cada situación fáctica. Aquí se manifiesta el potencial "poder político de la teoría"; toda "teoría de la política" es también "teoría política".

[47] Véase la justificación de la distinción público-privado por parte de un filósofo de "izquierda", Held, D., *Modelos de democracia*, Alianza, Madrid, 1992. También Gouldner, A., *The two marxisms*, Cambridge University Press, Londres, 1980.

[48] G. Sartori, *Democrazia. Cosa é*, Rizzoli, Milán, 1993, p. 279.

[49] I. Dunn, *La teoría política de Occidente ante el futuro*, FCE, México, 1981, p. 63.

este ideal puede realizarse es a través de la competencia de líderes por el voto popular (pero no es válido que los politólogos consideren este procedimiento la única manera posible en que la democracia se realiza).[50]

Entender el proceso por medio del cual ciertas ideas toman entidad material, aun como *tosca materia*, al decir de Bobbio, demanda un enfoque institucional de la realidad política; el proyecto democrático se corporiza, inicialmente, en la forma de instituciones.

Las instituciones políticas no son simples mecanismos de gobierno que limitan, controlan, incitan y prohiben comportamientos: ellas expresan y comunican valores, a la vez que se legitiman en ellos.[51]

El fin de crear un conocimiento sistemático y objetivo para permitir un control sobre la evolución social (compartido en general por todas las perspectivas de la ciencia política moderna) llevó a desestimar a las instituciones políticas por considerarlas meros "arreglos formales". Paradójicamente, la misma posibilidad de lograr este tipo de conocimiento se encuentra por cierto muy limitada al entender a la política en términos de informales decisiones oportunistas, en la habilidad por crear consensos, en la carga represiva para los díscolos y en la movilización subterránea de minorías activadas para influir sobre las autoridades.

No sólo la estrategia seguida ha impedido lograr un conocimiento científico de la política,[52] sino también ha contribuido al deterioro de las instituciones en la vida política. Pero es en la política no-institucionalizada donde la satisfacción de intereses privados por medios públicos se agrava. Los estudios políticos han alentado precisamente esta privatización de la política, contribuyendo también a la impotencia generalizada de las demás corrientes de la ciencia política frente al avance de la perspectiva neo-utilitarista, que con su prédica despolitizadora propone "tirar al bebé junto con el agua sucia".

En una era marcada por las dificultades de la ciudadanía para alcanzar la acción colectiva que nivele el poder de aquellos que poseen recursos organizativos para imponerse en el juego político, la construcción de instituciones democráticas aparece como uno de los pocos caminos posibles para saldar esta desigualdad.

Es cierto que a las dificultades naturales que encierra esta estrategia, en Latinoamérica se les suma la profundidad y ubicuidad de la crisis, la tradicionalmente poca institucionalización de la política y la ausencia de actores representables.[53] Pero, sin embargo, la política sólo puede identificarse con lo público si existen instituciones políticas adecuadas y eficaces.[54]

Las instituciones políticas son absolutos "relativamente" absolutos en términos de Buchanan, o sea, ellas presentan dos tendencias siempre en tensión: por un lado, para que las instituciones sean algo más que arreglos formales necesitan ser respetadas por los actores políticos y gozar de estabilidad. Por el otro, el proyecto democrático supone una reforma permanente de las instituciones para que realicen de mejor manera el ideal que las inspira. Esta tensión no puede resolverse de otra manera que políticamente, pero una democracia permite que este proceso se dé en términos pacíficos, a través de los arreglos institucionales vigentes.

Plantear como foco de la ciencia política el análisis de la problemática institucional no implica un reduccionismo esterilizante, sino se trata más bien de entender que cualquier acción duradera y controlable sobre la esfera económica, o cualquier otra esfera social se materializa en términos institucionales. Como dice Faletto, "los logros, en cuanto a democracia sustantiva, requieren de una formalización institucional para no ser sólo la expresión de un arbitrio; por lo demás la garantía de su permanencia está dada por el hecho de que se constituyen como instituciones aceptadas por el conjunto de la sociedad, superando el carácter de privilegios concedidos por la voluntad de la autoridad arbitraria".[55]

---

[50] Este argumento proviene de Habermas, J., *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*, Amorrortu, Buenos Aires, 1974.

[51] Sobre el enfoque neoinstitucionalista puede consultarse March, J. y Olsen, J. *Rediscovering institutions*, Princeton University Press, 1988. Dentro de este enfoque se inscriben diversas perspectivas analíticas, entre ellas, la que combina un renovado interés por las instituciones con los enfoques de *rational choice* (Tsebelis, G. *Nested games*, University of California Press, 1990); otra apunta hacia un análisis más "comprensivo" de las instituciones (Johnson, N. "The place of institutions in the study of politics", *Political Studies*, vol. XXIII, Nº 2 y 3.

[52] Véase Lechner, N., "Presentación de las ciencias sociales", UNESCO, Caracas, mimeo, 1988.

[53] J. C. Portantiero, "Revisando el camino: las apuestas de la democracia en Sudamérica", en *Sociedad*, Nº 2, Buenos Aires, mayo, 1993.

[54] Los politólogos latinoamericanos a partir de la década del 80 han comenzado a revalorizar a las instituciones políticas. Véase Flisfich, A., "El surgimiento de una nueva ideología democrática en América latina", en *Crítica & Utopía*, Nº 9, Buenos Aires, mayo, 1983, Calderón, F., "Institucionalidad democrática y movimientos sociales en América latina" en Sonntag, H., *¿Nuevos temas nuevos contenidos?*, Editorial Nueva Sociedad, Caracas, 1989, O'Donnell, G., "¿Democracias delegativas?", en *Novos Estudos*, CEBRAP Nº 31, San Pablo, octubre, 1991.

[55] E. Faletto, "Política Social, desarrollo y democracia en América latina. Las funciones del Estado", Ponencia central, XIX Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, Caracas, mayo, 1993.

Además, las instituciones "expresan elecciones particulares acerca de cómo las relaciones políticas deberían modelarse y determinan caminos específicos en la persecución de los fines políticos. Su consideración tiene como punto de partida el reconocimiento de ese necesario elemento normativo que contienen y que determina que cualquier estudio empírico que considere sus efectos tenga en cuenta la manera en la cual la vida institucional expresa (o falla en expresar) las intenciones implícitas en las normas, procedimientos o reglas que determinan el carácter de las instituciones mismas".[56]

Una ciencia política concebida de esta manera reconcilia la teoría política (tal como se la ha practicado en términos clásicos, en su dimensión normativa y deontológica) con las consideraciones para su realización en términos de mecanismos institucionales, la evaluación de las circunstancias que permiten o impiden su funcionamiento y consolidación en el plano real, los efectos secundarios que producen y el grado en que realizan valores.

Los límites a las posibilidades de concreción "material" de ciertos valores debido tanto a cuestiones estructurales como a los requerimientos sistémicos de eficacia, resultan entonces de un proceso de aprendizaje social (donde a la ciencia política le caben no pocas responsabilidades), sólo legítimo en un plano institucional, que permite la liberación de las energías democráticas de la sociedad.

En este sentido si la ciencia económica es visualizada cada vez más como la ciencia que estudia las relaciones de intercambio (catelexia, como la llama Hayek), que en términos sociales son consideradas bajo el concepto de mercado, la ciencia política como ciencia que estudia las relaciones de autoridad debería tomar como eje de su programa de investigación la fascinante tarea de analizar las condiciones de definición y realización de la democracia. No solamente tratando de explicar por qué las promesas de la democracia clásica son incumplibles,[57] sino concentrándose en el análisis de la dinámica de los nuevos procesos de democratización y en la consideración de las nuevas promesas democráticas.

Este programa de investigación implica desafíos de tal magnitud que exceden la capacidad de una sola perspectiva o la de un enfoque específico y debe, por lo tanto, convocar al trabajo disciplinar a diversas posiciones teórico-ideológicas.[58]

En palabras de Alan Ware "En el siglo XXI el problema real al que se enfrentarán los demócratas es el de producir propuestas integradas de reforma que permitan la construcción de un amplio conjunto de instituciones promotoras de los diferentes elementos de ese complejo ideal político que es la democracia".[59]

---

[56] N. Johnson, "The Place of institutions in the study of politics", *Political Studies*, vol. XXIII, Nº 2 y 3.

[57] N. Bobbio, *El futuro de la democracia*, FCE, 1985.

[58] Varios trabajos constituyen la avanzada de este programa de investigación. Véase, por ejemplo, para la perspectiva neo-pluralista los últimos trabajos de Robert Dahl: *Dilemas del pluralismo democrático*, Alianza, México, 1991. Prefacio a una teoría económica de la democracia, GEL, Buenos Aires, 1989. *La democracia y sus críticos*, Paidós, Buenos Aires, 199 1, y la cuarta edición de *Modern political analysis*, Prentice Hall, 1984. También el excelente *Parties, citizens and the state* de Alan Ware. Para la perspectiva pluralista, véase Ceaser, J., *Liberal democracy and political science*, John Hopkins University Press, 1990. Para una perspectiva "crítica" véase la posición "feminista" frente a las instituciones de la democracia moderna, especialmente los trabajos de Carole Pateman y Nancy Fraser. Para un aporte desde una perspectiva dirigencial véase el mimeo de Terry Lynn Karl y Philipp Schmitter, "What kinds of democracies are emerging in South America, Southern Europe and Eastern Europe?", *paper* presentado en el Coloquio Internacional sobre "Transiciones en Europa y en América Latina", México, 1991.

[59] A. Ware, *Citizens, parties and the state*, Princeton University Press, 1987, p.242.